

## CAPÍTULO XLI.



CARLOS X, como lo hemos ya indicado, aceptó á su pesar el ministerio Mortemart.

M. de Mortemart era uno de esos grandes señores de que nos ha dado tantas muestras la primera revolucion: medio aristócrata y medio liberal. Asi es, que estaba poco querido de Carlos X que no pasaba por mas concesiones que por la de la fuerza y no por la de la conciencia.

Por eso le hemos visto luchar mientras pudo, y no hacer concesion alguna á los liberales.

—No he olvidado, decia, los acontecimientos de 1789 á 1793, y no quiero me suceda lo que á mi hermano: me gusta montar á caballo pero no subir á una carreta.

Veinte y cuatro horas hacia que M. de Mortemart estaba en Saint-Cloud cuando le mandó llamar Carlos X, y le anunció que le habia nombrado su primer ministro.

M. de Mortemart, admirado del honor que se le hacia, se defendió con todas veras antes de aceptarlo, manifestando que reconocia su incapacidad para las circunstancias, que no tenia aptitud ninguna para los negocios, y que deseaba vivir tranquilo dedicándose á la curacion de una enfermedad que habia empezado á padecer en las orillas del Danubio.

El rey, disgustado de su resistencia, exclamó:

—Es decir, caballero, que os negais á salvar mi vida y la de mis ministros?

—¡Oh! contestó con viveza M. de Mortemart, si es eso lo que V. M. desea. . . .

—Sí, caballero, eso es.

Y dejándose llevar de su íntimo pensamiento, sin calcular lo que este tenia de ofensivo para M. de Mortemart.

—Seré feliz, añadió, si no me hacen aceptar á otros ministros mas que á vos.

Volviéndose entonces hácia M. de Polignac:

—Introducid á esos señores, le dijo.

El príncipe de Polignac se presentó con M. de Semonville, de Vitrolles y de Argout, que no cejando en sus propósitos, habian vuelto á la carga y esperaban la resolucion del rey en la cámara vecina.

—Señores, dijo Carlos X, he hecho ya lo que deseabais: id, y decid á los parisienses que el rey revoca las ordenanzas, aunque, os lo aseguro, creo que este paso es muy fatal para los intereses de la monarquía.

No habia tiempo que perder, subieron en su coche los comisionados y tomaron á galope el camino de Paris.

En todo el camino M. de Semonville no dejó de gritar:

—Amigos míos, venimos de Saint-Cloud, los ministros han caído.

Llegados al Hotel de Ville los tres embajadores, hicieronse presentar á M. de La Fayette, que aparecia sino como rey de Francia, al menos como rey de la revolucion.

M. de La Fayette los introdujo al salon en que tenia sus sesiones la comision municipal.

Trabose una discusion acalorada, y tanto que quizás hubiese aprovechado al trono si M. de Schenon, no la hubiera interrumpido, exclamando:

—Ya es tarde, señores, el trono de Carlos X se ha desplomado, y se ha manchado con sangre.

Quiso insistir M. de Semonville pero M. Audry de Puyraveau dirigiéndose á la ventana:

—No habéis mas de arreglos, les dijo—ó si no hago subir al pueblo.

Esta amenaza disipaba la última esperanza de la dinastía real por derecho divino.

Los embajadores tuvieron que retirarse—Pero Casimiro Périer los siguió, les dió un salvo conducto para M. de Laffitte y les invitó á tentar un último esfuerzo con él.

La tentativa fué inútil: aunque hubiese querido M. de Laffitte sostener á la rama primogénita, (y apresurémonos á decir que no quería) era ya muy tarde para que pudiese cambiar de ideas. El populacho habia invadido su casa, y mientras se trataba del arreglo mencionado, un hombre apareció en el umbral de la puerta, é hiriendo el pavimento con la culata de su fusil

—Quien exclamó—se atreve aquí á proponer arreglos con Carlos X?

M. de Argout comprendió que todo habia concluido, y volvió á tomar el camino de Saint-Cloud.

Carlos X creyendo haber apaciguado los ánimos con la concesion que acababa de hacer á los liberales, estaba con la mayor tranquilidad jugando una partida de whist con M. de Duras, M. de Luxembourg y la duquesa de Berry, cuando súbitamente entró un oficial de la guardia de M. de Luxembourg, y le dió parte de haber observado mucho movimiento en el castillo de Neuilly.

—Y que creis que signifique ese movimiento? le preguntó M. de Luxembourg.

—No lo sé, señor, pero si yo hubiera tenido autorizacion competente, me hubiera apoderado del Duque de Orleans, y ya estaria aquí, que es donde debe estar.

El rey que lo habia oído todo se volvió vivamente al oficial, y

—Si hubierais hecho semejante cosa, caballero, le dijo con severidad, yo la hubiese desaprobado altamente.

M. de Mortemart, impaciente, no comprendiendo por que se perdian tan preciosos instantes, solicitó del Delfin el permiso necesario para poder ir á Paris á fin de tentar algun medio con buen éxito. Conocia, y con razon, que era cuasi ser culpable, el permanecer ocioso en tan horrible naufragio, y creia que cada uno debia trabajar segun su génio y su fuerza en la salvacion del amenazado buque.

Se habia dado una consigna que no permitia pasase nadie de Saint-Cloud á Paris, y el Delfin no quiso tomar sobre sí responsabilidad alguna.

Entonces M. de Mortemart tuvo que dirigirse al rey, pero tambien fué inútil.

—Todavía nó—le respondió Carlos X—aun tenemos tiempo—y cada vez que M. de Mortemart volvía á insistir en su súplica, obtenia la misma respuesta.

A media noche MM. de Argout y de Vitrolles llegaron á Saint-Cloud. Encontraron al rey acostado, pero á M. de Mortemart en pié.

—¿Que haceis aquí?—dijeron á éste—vuestro lugar está en Paris.

—Sin duda alguna—contestó M. de Mortemart—pero no habiendo podido obtener del rey ningun poder por escrito ¿quereis que me presente en Paris como un aventurero?

—Despachemos la tarea que otros no quieren hacer—dijo M. de Argout—y arrimándose los tres á una mesa, redactaron y estendieron una ordenanza que anulaba las del 25, restablecia la guardia nacional, poniéndola á las órdenes del mariscal Maison, y nombraba á M. Mortemart ministro de relaciones, á Périer de hacienda, y al general Gérard de guerra.

Redactada la ordenanza faltaba aun lo mas difícil, que era hacerla firmar por el rey: para esto fué necesario forzar la consigna de los guardas que tenían orden de no de-

jar entrar á nadie, y combatir la resistencia del ayuda de cámara, á quien se hizo responsable de las consecuencias que podrian resultar de su negativa. En fin, éste consintió en abrir la puerta de la recámara del rey y M. de Mortemart se presentó solo ante Carlos X.

El rey estaba durmiendo.

Se le despertó.

Carlos X se levantó lentamente como un hombre cansado, y reconociendo á M. de Mortemart,

—¡Ah! ¿sois vos?—le dijo—¿qué quereis?

M. de Mortemart le presentó las ordenanzas.

—Aguardemos aun—dijo Carlos X.

—Pero, Sire—insistió el duque—V. M. ignora sin duda el estado en que se encuentra Paris—M. de Argout está aquí y va á manifestároslo.

—No quiero recibir á M. de Argout—contestó el rey con impaciencia.

—El baron de Vitrolles está con él, Sire—¿quereis que introduzcan al baron de Vitrolles?

—Bien: que entre el baron de Vitrolles.

—M. de Vitrolles fué introducido y se aproximó al lecho del rey.

—El rey hizo entonces una seña á M. de Mortemart para que se retirase.

Acababa de herir mortalmente la susceptibilidad de dos personas: á M. de Argout no recibéndole, y á M. de Mortemart despidiéndolo despues de haberle recibido.

Era un hábil político Carlos X.

—¡Ah! murmuró M. de Mortemart al salir de la cámara real, . . . ¡si no se tratase de salvar su cabeza. . . !

Las primeras palabras de Carlos X á M. de Vitrolles fueron un reproche.

—¡Cómo!—le dijo—¿sois vos, Vitrolles—vos el que os empeñais en que entre en arreglos con mis súbditos rebeldes?

—Sí, Sire, porque si nó, no podreis entrar en Paris como rey.

—Pues bien—esclamó Carlos X—me resuelvo á todo antes que dar este golpe á la monarquía.

—Sea como deseais—contestó M. de Vitrolles—¿esperais algo de la Vendée? ¿creis contar con ella?—yo seguiré á V. M. porque estoy pronto á sacrificarme por vuestro trono.

—¡La Vendée! murmuró Carlos X. . . . ¡es muy difícil. . . !

Despues como hablando consigo mismo:

—Vamos, vamos—le dijo—dadme una pluma.

Y firmó.

La monarquía acababa de rendir su espada, sin haber ni aun salvado su honor como el rey Juan en Poitiers y como Francisco I en Pavía.

M. de Mortemart y M. de Argout partieron en calesa á Paris, pero al llegar al bosque de Boulogne se les impidió el paso en virtud de una orden dada la víspera, y les fué preciso atravesar el bosque á pié abandonando el carruaje. Ganaron el Point-du-jour, atravesaron el puente de Grenelle y entraron por fin en Paris por la brecha practicada en un muro destinada probablemente á la introduccion de algun contrabando.

A las ocho de la mañana, M. de Mortemart llegaba a la plaza de Luis XV con el sombrero y la corbata en la mano y el frac colgado en el brazo.

La ciudad estaba silenciosa: todas las ventanas se hallaban cerradas y en las tristes calles solo se veian discurrir hombres desconocidos, esos hombres que en dias de revolucion levantan y cuidan de las barricadas.

Hácia la misma hora M. Laffitte, despues de haber enviado á Neuilly á M. Oudard, redactaba en union de MM. Thiers, Mignet y Larreguy, una proclama orleanista que debia publicarse á un mismo tiempo en el *Nacional*, en el *Correo francés* y en el *Comercio*.

Pero, debemos decirlo, esta proclama fué muy mal recibida.

vida: cuando al salir de la imprenta del *Nacional*, donde acababan de componerla, MM. Thiers, Mignet y Lorreguy la distribuyeron fresca aun, entre los insurrectos de la víspera, acampados en la plaza de la Bolsa, un grito de cólera y de amenaza se levantó entre ellos.

—Si eso quieren—esclamaban—es necesario empezar de nuevo. . . . vamos á fundir balas.

M. Pedro Leroux estaba allí; tomó uno de los impresos orleanistas y corrió al Hotel-de-Ville á presentarlo á La Fayette.

El golpe fué rudo, La Fayette no creía que los orleanistas trabajasen tanto: se arrellanó en su sillón, sin oír apenas á M. de Boismelon que llegó á anunciarle que el duque de Orleans, detenido por el alcalde de Montrouge M. Leullier, deseaba un salvo-conducto para ir á reunirse con su regimiento que estaba en Joigny.

M. de La Fayette impulsado por ese primer movimiento generoso, propio de su corazón, iba á firmar el salvo-conducto pedido, cuando M. Pedro Leroux insistió al contrario en que se diese orden á M. Leullier para que mantuviese arrestado al duque. Débil é irresoluto, M. de La Fayette iba á firmar con sentimiento esta segunda orden, cuando M. Odilon Barrot entró vestido de simple guardia nacional, llamó á M. de La Fayette á parte, metióse con él en una cámara vecina y le hizo firmar la orden de poner al duque de Orleans en libertad.

Dióse esta orden á M. Comte que marchó al instante á ejecutarla.

Sin embargo, la noticia de este arresto se habia esparcido, y se habia levantado una especie de motín en la Plaza de la Bolsa. Algunos hombres mandados por Estevan Arago clamaban á voz en cuello:—“Es un príncipe! Es un Borbon! Es preciso fusilarle!” Y como en tales instantes las resoluciones suelen ser rápidas, ya se preparaban á poner esta en ejecucion.

Estevan Arago se puso á su cabeza; pero previno á M. de La Fayette de lo que pasaba, y le ofreció que merced al camino que haria tomar á su gente, tardarian én llegar á Montrouge cosa de dos horas.

Este tiempo era mas que suficiente para poder avisar al príncipe y salvarlo.

M. de La Fayette aprovechó el aviso, y el duque de Orleans, cubierto con su salvo-conducto y prevenido á tiempo, tomaba la posta en la Cruz de Berny, cuando los que debían fusilarle entraban en Montrouge.

En todos los muros de Paris se leía esta proclama:

“Cárlos X no puede volver á entrar á Paris, porque ha hecho correr la sangre del pueblo.

“La república nos traeria tristísimas divisiones y nos haria enemigos de la Europa entera.

“El príncipe de Orleans es un príncipe decidido por la causa de la revolucion.

“El duque de Orleans no se ha batido nunca contra nosotros.

“El duque de Orleans estuvo en Jemmapes.

“El duque de Orleans es un rey ciudadano.

“El duque de Orleans ha llevado en los combates la escarapela tricolor: el duque de Orleans es el único que puede usarla todavía, y nosotros no queremos á otro.

“El duque de Orleans no se pronuncia, sino que aguarda nuestro voto: proclamémoslo y aceptará la Carta como la hemos siempre entendido y deseado. Del pueblo frances espera la corona.”

Esta proclama se leyó en el Hotel-de-Ville y fué generalmente aprobada.

Algunas voces se elevaron diciendo:

—Falta todavía saber si el duque de Orleans aceptará la corona.

Entonces pasó de mano en mano la nota enviada por M.

Laffitte y escrita en el castillo de Neuilly á las tres y cuarto de la mañana.

M. Laffitte, no la habia recibido hasta las once.

Dicha nota decia así:

“El duque de Orleans está en Neuilly con toda su familia: cerca de él, en Puteaux se encuentran las tropas realistas y bastaria una orden de la corte para que lo aprehendiesen logrando así poseer una prenda para su seguridad futura.

“Se proponen ir á verle en nombre de las autoridades constituidas, acompañadas convenientemente, y ofrecerle la corona. Si manifiesta escrúpulos de familia y de delicadeza, se le dirá que su permanencia en París es necesaria para la tranquilidad de la capital y de la Francia entera, y que se hallan en la necesidad de cuidarlo con la seguridad debida. Puede contarse con el buen éxito de esta medida; y aun puede asegurarse que ‘el duque de Orleans no tardará mucho en asociarse completamente á los deseos y votos de la nacion.’”

## CAPÍTULO XLII.

**P**or su parte M. Thiers, despues de haber visto lo mal recibidas que fueron en el pueblo las proclamas, y el buen efecto que produjeron en el Hotel-de-Ville, habia vuelto á

casa de M. Laffitte para aceptar, en union de Scheffer la delicada y decisiva mision de ir á ofrecer al duque de Orleans la corona.

Scheffer era amigo de la familia del duque, tanto como puede serlo un artista de unos príncipes.

Ambos partieron.

El duque de Orleans no estaba en Neuilly.

Los dos embajadores solicitaron ver á la duquesa.

La duquesa los recibió.

Sin duda ignoraba la causa que los conducia, porque su semblante manifestaba mas severidad que inquietud.

M. Thiers tomó la palabra.

A medida que avanzaba en su discurso, el austero rostro de la duquesa se iba volviendo sombrío.

Cuando M. Thiers acabó, en lugar de responderle, volvióse á Scheffer que habia permanecido callado, y le dijo:

—¡Oh! caballero ¿cómo habeis podido encargarnos de semejante comision?—Que el señor—añadió designando á Thiers—que el señor lo haya hecho, lo concibo perfectamente porque no nos conoce, pero ves que nos habeis tratado de cerca. que podiais conocernos. . . . ah! nunca os perdonaremos esto. . . .

Los dos enviados saludaron é iban á retirarse cuando madama Adelaida se presentó acompañada de madama de Monjoie.

Solo una cosa inquietaba á madama Adelaida y era que su hermano y ella, ya al fin de su vida, tuviesen necesidad de volver al destierro en que habian pasado su juventud.

Asi es, que sin aceptar ni rechazar la proposicion hecha al duque de Orleans:

—Que hagan de mi hermano un presidente, un guardia nacional, todo lo que quieran. . . .—dijo—con tal que no hagan de él un proscripto.

Entonces los dos embajadores cobraron valor é insistieron con madama Adelaida: esta abandonando al instante la cues-